

Mercedes Navarro Puerto

Pretérito perfecto

Setenta años cumplidos
y medio siglo
de vida religiosa



verbo divino

Pretérito perfecto

Pretérito perfecto

Setenta años cumplidos
y medio siglo
de vida religiosa

Mercedes Navarro Puerto

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: +34 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© 2023, Mercedes Navarro Puerto
© 2023, Editorial Verbo Divino

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Fotocomposición: Equipo diseño EVD

Impreso en España - Printed in Spain
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)
Depósito legal: NA 591-2023
ISBN: 978-84-9073-901-3
ISBN Ebook: 978-84-9073-911-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A mis queridas compañeras de camino:
las que están,
y las que se fueron*

Índice

Introducción.....	11
He soñado.....	19
He sufrido	41
He amado.....	67
He gozado	91
He pensado.....	117
He creído.....	143
He evolucionado.....	167
Lo cumplido.....	189

Introducción

Comienzo estas páginas en el año 2021, segundo de la pandemia de COVID-19, y año en que cumpla setenta de nacimiento y cincuenta de profesión religiosa. Este libro constituye mi particular celebración de ambas efemérides y se ha ido gestando en el curso de muchos meses de reflexión, de revisión y de discernimiento. La perspectiva de esos referentes temporales ha generado, como de un modo natural, un proceso intenso y rico de encuentro con mi historia, sobre todo con la de los últimos veinticinco años.

Es un ejercicio de retrospectiva. El pasado tiene un peso muy grande, es obvio, pero el proceso es presente y sé que, inevitablemente, se impulsa hacia el futuro. Es verdad que en este momento los tiempos no resuenan igual que hace veinticinco años. También lo es que pasado, presente y futuro están ahora ahítos de hondura.

Es un proceso básicamente solitario. Pero, en otro sentido, una vez que adopto este punto de vista retrospectivo y comienzo el proceso, todo y todas las personas se convierten en acompañantes indirectos y en puntos de referencia, en una comunidad con su núcleo íntimo y sus espirales, de dentro afuera, que dibujan un conjunto que se expande hasta el infinito. Lo que no es evidente ni apreciable a primera vista es la multitud que habita dentro de mí. En este sentido, soy como un pueblo, con sus lugares, su gente, sus alianzas, sus inquinas, sus reuniones periódicas para tratar lo común y sus cotilleos, en los que se gestiona lo cotidiano, a veces hasta el punto de salirse de madre, con sus campos, sus labores, sus fiestas y sus silencios. Siendo una, soy múltiple. Como todo el mundo.

En lo hondo de mí, en el centro de mi ser, irradiando y saliendo a la periferia de mi alma y de mi cuerpo, está la divina Rûaj o Espíritu de D*s. Pero, a la par, se halla en el punto más alejado y atractivo de mi horizonte, marcándome el camino en la distancia borrosa. Junto a la Rûaj santa, pero sin confundirse con ella, está mi Sabia¹ interior, que tiene nombre

¹ Llamo así a esa voz interna, a veces proveniente del inconsciente y a veces del mismo mundo mental cons-

propio. Es una maravilla tenerla. Y en esa misma profundidad se encuentra mi inconsciente que, en sí mismo, es todo un mundo: el inconsciente personal, individual e intransferible, y el inconsciente colectivo, que es un mundo de mundos, un universo, como una galaxia cósmica. Siempre están activos y, cuando les dejo sitio y les abro cauces, tanto el uno como el otro se convierten en parlanchines o ecos evocadores. Al individual, tengo que decirle de vez en cuando que pare, que me dé una tregua y me deje respirar. Y se da por enterado casi siempre. Últimamente se ha mostrado especialmente activo porque lo he estimulado mucho y no lo he urgido, pues, como todo el mundo sabe, el inconsciente no entiende de tiempo ni de plazos. Funciona a otro aire y a su propia velocidad. La mayor parte de las veces, a mí me parece muy lento, pero con el trato de los años he aprendido a respetar su ritmo.

Mi imaginación es una compañera constante, para bien y para mal, desde que era

ciente. Es esa voz con la que dialogo y a la que invoco en momentos especiales. Esa voz que no siempre es una voz, porque se manifiesta como una intuición, un foganazo de lucidez, o de otras formas. Mi «Sabia interior» es la sabiduría de la vida que «sabe» más sobre mí misma que mi yo consciente. Es siempre constructiva y la escucho agradecida.

muy niña. A veces se impone, aparece sin que la llame, pero otras veces la convoco, le pido ayuda, la nutro y la utilizo. Y para qué hablar de mis pensamientos, los que permanecen en constante diálogo con muchos de los aspectos de mi persona, esos que recuperan emociones que no siempre deseo recuperar, o que las conforman silenciosamente. Esos pensamientos que siendo míos son también de otra gente, con nombre o anónima; a veces, además, tan arcaicos, tan antiguos y presentes que desconciertan.

Por supuesto, me acompañan por dentro y por fuera las palabras de los libros, con sus autoras y autores de todos los tiempos. No me extiendo sobre ello, porque sería interminable y, sobre todo, aburrido. En los márgenes de muchos libros tengo escritos algunos de mis diálogos, reacciones, subrayados, reflexiones... Y, con ellos, mis cuadernos. Qué afortunada soy de tener su compañía, la compañía de las palabras, las de otras y otros y las mías, sobre todo las escritas. Qué fortuna haber sido alfabetizada, qué maravilla poder leer y poder escribir...

En todo este tiempo, pese a haber estado bastante sola y, durante la pandemia, aislada (cuarentena, confinamiento...), no puedo decir que haya sido una persona solitaria. Me han acompañado los seres que acabo de men-

cionar y me ha acompañado mucho, muchísimo, el silencio, un amigo sin el que no puedo vivir.

Hace veinticinco años celebré ese aniversario de profesión religiosa escribiendo un libro, el título de cuyos capítulos eran gerundios². Siete gerundios en los que latía el dinamismo saltarín de un tiempo de plenitud, en el que ya había mucho pasado, pero podía haber mucho futuro, en el que muchas cosas estaban en gestación, dispuestas para atravesar las sucesivas etapas. Ahora, me siguen gustando los gerundios, pero es el momento de otro tiempo verbal, el pretérito perfecto, que habla de lo comenzado tiempo atrás y mantenido, al menos, hasta el presente. Es un tiempo verbal abierto, temporalmente dilatado en las dos direcciones. En él hay una parte cumplida, pero no necesariamente terminada. Es el tiempo verbal que me corresponde en esta etapa de mi vida, en que entro en la vejez. Curiosamente, cuando leo en el otro libro las razones por las que elegí el gerundio, descubro que se parecen mucho a las que acabo de exponer sobre el pretérito perfecto... Pero hay matices muy diferentes y sé que se irán po-

² *Las siete palabras* de Mercedes Navarro (Madrid: PPC, 1996).

niendo de relieve a medida que se vayan desplegando los verbos. Aunque llamamos «perfecto» a este pretérito, lo que me importa es, en realidad, que se trata de un tiempo «pleno». No soy amiga del concepto de perfección, quizás porque he comprendido sus peligros y consecuencias en la historia y en mi vida. Se parece a unas esposas que se cierran en las muñecas o a una esfera que se mira a sí misma de modo narcisista. Prefiero el concepto de plenitud, que se enrosca en la espiral de una evolución infinita. Pero como en español no existe el «pretérito pleno» como tiempo verbal, lo dejaremos en pretérito perfecto para entendernos.

Cuando comencé a revisar y a reflexionar sobre mi vida, principalmente los últimos veinticinco años, pensé más en mi necesidad concreta y mis notas eran solo para mí. Poco a poco, me fui planteando la posibilidad de compartirlo hasta que un día decidí que muchas cosas podría plasmarlas en un libro. La razón inmediata fue mostrarme como testigo de una época histórica de la que he sido parte activa. Una época que me ha afectado explícitamente. Pero, enseguida, pensé en muchas personas que, como yo, han sido testigos y se han sentido parte de los avatares de este tiempo de nuestra historia. Y, aun cuando tanto el testimonio como la reflexión son obviamente

te personales, y en ese sentido intransferibles, estoy segura de que pueden encontrar eco en personas concretas que tenía delante al escribir, y otras muchas desconocidas que, tal vez, podrían sentirse identificadas.

He vivido la mayor parte de mi vida en un entorno femenino y, por consiguiente, lo que sigue ha de entenderse como una experiencia predominantemente de mujeres y vivida entre mujeres. Con sus luces y sus sombras, sus ventajas e inconvenientes, ha sido y sigue siendo mi mundo, mi hábitat concreto.

Agradezco a mi amiga y doctora en filología, María José Ferrer Echávarri, que haya aceptado leer a fondo este libro y realizar la corrección de estilo, y, sobre todo, le agradezco sus interesantes y estimulantes observaciones, sugerencias y preguntas.

He soñado

Tengo la suerte de haber soñado mucho. Tengo la fortuna de tener dentro y fuera de mí una divina Rûaj, un Espíritu Santo que se alía permanentemente con mi imaginación y con el don de la imaginación. Se convierte en una potente energía creativa. Tanta, que a veces ha rebotado y he necesitado contenerla como se hace con el torrente que produce el deshielo. Soñar ha sido y es para mí un acicate para superar barreras de todo tipo, barreras que a menudo se denominan *realismo*. No puedo evitar transgredir con mis sueños. He soñado, por ejemplo, con una vida religiosa (en adelante VR) distinta, y ese ejercicio de soñar e imaginar me ha ido transformando sin que yo me diera cuenta, sin percatarme de ello hasta quedar frente a las consecuencias de la transformación. He tardado tiempo en conectar esas consecuencias con mis sueños, lo confieso. Yo he soñado y sueño una VR de mujeres adultas, conscientes, críticas, empoderadas. Y

he soñado con que las comunidades religiosas en las que sus miembros cuidan unas de otras –algo que solemos hacer– se convierten en alternativa profética, denunciadora y anunciadora, creativa, a la manera en que hoy deseamos colectivamente gestionar la vejez.

A la vez, mientras esos sueños iban tomando cuerpo, estaba siendo excluida de muchos ámbitos oficiales eclesiásticos. Osé poner por escrito algunos de esos sueños. Formularlos en palabras les dio consistencia, y esa consistencia les otorgó estatuto de verosimilitud e incluso de probabilidad. También tardé mucho tiempo en darme cuenta de que lo que se percibía como amenazante no eran mis críticas, sino mis propuestas alternativas. O sea, mis sueños. Lo más hermoso, pese a todo, ha sido tomar conciencia del peso real que tienen los sueños. De los sueños a «las visiones» a las que se refiere el profeta Joel (Jl 2,28) como capital universal, no hay mucha distancia.

He soñado con una sociedad diferente, con un mundo nuevo, unas relaciones humanas constructivas, una política con y para el pueblo, una sanidad y una educación igualitarias, que alcancen a todo el planeta, y con una tierra respetada y amada por la humanidad. Estos sueños son compartidos. Somos muchas y muchos los que soñamos algo parecido en una misma dirección. Es un alivio. Todos estos

ámbitos de mis sueños están coloreados por el violeta y casi púrpura de mi feminismo, hoy por hoy el color más completo y democrático desde el que mirar la vida y el mundo.

La capacidad de soñar, que va de la mano de la imaginación, es profundamente humana y, repito, muy poderosa. Lo atestigua la historia de la humanidad desde sus comienzos conocidos. La imaginación y el sueño, que van más allá de lo útil y necesario, dan origen al arte y desarrollan buena parte de la cultura, la ciencia y, en definitiva, la civilización. Es verdad que también son potencialmente peligrosos, como demuestra la historia de las formas de la violencia, pero en comparación con el desarrollo histórico de la imaginación humanizadora, la violencia imaginada no deja de ser repetitiva en su crueldad. Sucede algo parecido con el poder: sus estrategias de dominación son siempre los mismos perros con distintos collares.

He podido constatar el poco lugar que se deja a los sueños en la religión, incluso en la cristiana, en la que leer los evangelios es como pasear entre un infinito mundo de sueños. Esta coacción a la imaginación en la religión o, mejor, en las religiones nunca deja de sorprenderme. Lo religioso, que es el ámbito del Misterio y, por ello, de lo poco definido y lo que solo puede tantearse, debería ser un

área humana y humanizadora de florecimiento imaginativo, pero lo que observo, en cambio, es su repetición, a veces hasta el aburrimiento, reclamada por quienes buscan, sobre todo, seguridad. Es bien sabido que la seguridad y los sueños, la repetición y la imaginación suelen ser incompatibles. Recuerdo el brinco imaginativo que dio mi generación en los ritos litúrgicos después del Concilio Vaticano II. De pronto se abrieron las compuertas a la imaginación retenida, recortada y pobre (a excepción de algunos elementos como la música). Se abrieron las compuertas a los expertos y al pueblo, que reactivó los colores de sus sueños participando, con su diversidad, en los ritos. Al poco tiempo, sin embargo, esas compuertas se volvieron a cerrar llenándose de ojos vigilantes para una vuelta a la rígida ortodoxia. No se dio lugar a vivir el proceso comenzado. Solo quedaron restos estereotipados de lo que prometía ser un desarrollo rico de algo sobre lo que ya no sabemos nada. A mí me ha gustado especialmente preparar liturgias, componer cantos sencillos, desentrañar los símbolos de siempre impregnados de una inmensa y renovada capacidad de transformación. Después de casi dos décadas, todo aquello recrudesció la pobreza de antaño, recubierta ahora de una pátina de supuesta modernidad. Y más adelante volvie-

ron las nostalgias de un pasado idealizado y las devociones se instalaron de nuevo, hasta el día de hoy. Los sueños volvieron a su estado latente y apenas si tenemos noticias de la imaginación. Valga el rito (elemento esencial de una religión) como ejemplo de lo que fue sucediendo en la Iglesia pos-posconciliar.

Los sueños también pueden volverse contra los seres humanos. Ese es su riesgo y esa es también su libertad. Así lo he experimentado a lo largo de mi vida y así lo reconozco en los últimos veinticinco años. Los sueños pueden dejar su lugar e invadir inadecuadamente la realidad, sobre todo cuando esta resulta insoportable. En tal caso los sueños se convierten en refugios peligrosos para la vida, para el desarrollo de las personas, de los proyectos, de los grupos... El exceso puede conducir a la locura, y el defecto, al sinsentido. Los sueños son necesarios y lo es también el desarrollo de la imaginación. En una ocasión, la revista *2IRS* me pidió una breve sección mensual titulada «Imaginar» y, ya que tenía la posibilidad, decidí imaginar poéticamente a lo grande. Pasados algunos meses, descubrí que soñar a lo grande y de forma poética no encuentra eco, sobre todo si se trata de sueños humanistas y no científicos ni tecnológicos. Me he dado cuenta de que la imaginación llevada a los relatos de corte científico resulta

creíble, por más disparatados que estos relatos parezcan. Y, ciertamente, el hecho de dar forma a la imaginación activa la capacidad humana de crear. Sucede algo parecido con la tecnología, hasta el punto de que en la mentalidad actual se ha instalado la creencia cuasi mágica de que cualquier cosa es posible. Sin embargo, no ocurre lo mismo en otras áreas de la vida, por ejemplo, en el ámbito de las humanidades. Escribí en *2IRS* imaginando un pueblo que no fuera masa ni tuviera miedo al poder. Imaginé un universo sin guerras, capaz de transformar los instrumentos de la violencia en instrumentos para la vida, la paz, el bienestar, la cultura, al hilo de la profecía de Isaías («de las espadas se forjarán arados, y de las lanzas, podaderas», Is 2,4). Imaginé la conciencia infinita, un organismo para la conciencia de propiedad universal del arte y la belleza, un Fondo de Alegría Internacional o FAI, un código común de comunicación... Realicé un buen ejercicio de imaginación en once artículos, un intento con el que disfruté mucho, aunque interesó más bien poco. Y descubrí que existen muchos relatos realistas y pocos relatos poético-soñadores. Un día di con la novela de Gioconda Belli *El país de las mujeres*, un relato divertido y de gran despliegue imaginativo en el que la autora da forma a una sociedad con la que apenas si nos

atrevemos a soñar. Su lectura me devolvió la energía soñadora cuando notaba que al mejor futuro le iban ganando la partida el derrotismo y la ley de Murphy.

He tenido la fortuna de ser conducida y hasta curada por mis sueños. La capacidad de los sueños para acompañar y guiar los caminos de los seres humanos es conocida desde la Antigüedad. Los clásicos hablan de ellos, pero también algunas historias de la Biblia. Los sueños están ahí, en el fondo de lo humano inaccesible, para guiarnos, advertirnos, consolarnos, compensarnos, para echarnos una mano, en definitiva. No me refiero a los sueños premonitorios, menos frecuentes, sino a los sueños que tenemos de vez en cuando y que, si les prestamos atención, son una maravillosa compañía en la aventura de vivir. Es cierto que necesitamos descifrar su código, pero eso se puede aprender. Yo he tenido la suerte de aprenderlo para mí misma y, a la par, de enseñar a otras personas a descifrar los suyos. Es una experiencia apasionante. Mis sueños me han guiado en incontables ocasiones. Otras veces me han informado de mi situación y me han dado pistas para seguir. Nunca han suplantado la función del yo, que es quien tiene que decidir si atenderlos y buscar la forma de entenderlos y fiarse de ellos. Los sueños han de hacer un impor-

tante y esforzado recorrido hasta llegar a la superficie y hacerse accesibles al yo consciente, y reconozco que no siempre me he sentido dispuesta ni con ganas de hacer el esfuerzo, pero siempre que los he atendido lo he agradecido. Como los protagonistas bíblicos, yo también he interpretado la voz de los sueños como voz divina, voz de la divina Rûaj, de mi Sabia interior.

Esos sueños me han guiado a veces a través de verdades dolorosas que no era capaz de confesarme a mí misma y, con frecuencia, me han curado. Han sido mis sueños terapéuticos, beneficiosos. En ocasiones, han sido sueños liberadores. En otras, sueños con pistas sanadoras que el yo ha recogido agradecido para avanzar en el proceso de sanación.

He tenido en mi haber sueños hechos realidad que, a su vez, han dado lugar a otros, en un efecto dominó, y tengo un buen puñado de sueños rotos, partidos, acabados, fracasados.

He tenido sueños personales, propios, la mayor parte de ellos ligados al tiempo. Unas veces, ligados al pasado, cuando he colaborado a traerlos visiblemente al presente, y otras, apoyada en los primeros, referidos al futuro. En una y en otra dirección se han ido dibujando los proyectos. Cuando pienso y digo y escribo la palabra *proyecto*, a menudo me viene a la mente el Proyecto de Jesús, llamado

en los evangelios Reino o Reinado de D*s. Se debe a que lo tengo grabado a fuego como un sueño potente y verosímil, a la par que un sonado fracaso. Este Proyecto es ambas cosas a la vez: éxito y fracaso. Los evangelios cuentan, cada uno a su modo, el período exultante y esperanzador del Proyecto a lo largo de la primera parte de las respectivas narraciones, una etapa en la que se iba realizando con éxito en el pueblo, con la gente, en la experiencia de los grupos que estaban con Jesús. Y esos mismos evangelios cuentan en su segunda parte el camino de caída hasta el fracaso total, cuando Jesús, su iniciador, fue abandonado por sus discípulos (excepto las mujeres), arrestado, torturado, interrogado, condenado y ejecutado. Y, como resistencia pertinaz del sueño, la puerta abierta de los nuevos comienzos, la Resurrección, donde vuelve a empezar todo con un Jesús en un modo de vida distinto al narrativo e histórico. Y es que, como es sabido, los fracasos nunca pudieron del todo con los sueños. Las mujeres y los hombres del grupo de Jesús, al recuperarlo a él, recuperaron su sueño y su Proyecto, y esta contemporaneidad de éxito y fracaso del gran sueño del Evangelio se ha ido repitiendo a lo largo de los siglos.

Al mirar mi historia y la historia de la humanidad, me digo que es verdad, que se cum-

ple ese sueño, pero no pierdo de vista que el fracaso es fracaso como la pérdida es pérdida, y que lo que se recupera en la Pascua es otra cosa. A Jesús lo mataron de verdad. Lo que él comenzó en su tiempo y lugar fracasó. Y en lo que a mí respecta, mis fracasos y pérdidas son irreversibles. Por ejemplo, no he vuelto a enseñar en una universidad de la Iglesia católica ni he sido requerida por muchas de sus instituciones, y los años de sospecha y de condena han pesado lo suyo y han hecho de mí una parte de lo que soy. Lo que vino después fue muy bueno y no ceso de agradecerlo, pero es otra cosa y originó otros sueños. Los de entonces se perdieron, fracasaron. Es lo que la física llama la *flecha del tiempo*, la irreversibilidad. Y eso también sucede a diario en la vida de muchas personas, en los proyectos familiares y sociales, en la política. Son las oportunidades irremediabilmente perdidas. Miro a mi institución religiosa y me doy cuenta de todo lo que se ha perdido irremisiblemente. De algunas cosas, ya hice duelo en su momento, pero otras son pertinaces y buscan reaparecer, pese a que sé que no es posible, aunque vengan otras cosas que potencialmente sean, incluso, mejores.

Escucho a mujeres y hombres hablar, por ejemplo, de aquellos proyectos existenciales que concretaron sus sueños iniciales: ese ma-

rimonio o pareja que comenzaba con el amor y la pasión recién estrenados, con una familia creciente y unos trabajos llenos de promesas. Y escucho, luego, sus fracasos de pareja, la separación o el divorcio, la lucha por la custodia de las hijas e hijos, la pérdida del trabajo... y la tremenda sensación de fracaso. Con el paso del tiempo, en el mejor de los casos, cada cual rehace su vida, reorganiza la familia, da estabilidad a los hijos, cambia de trabajo, adquiere madurez y sabiduría y experimenta una nueva plenitud. Es un reinicio, pero el fracaso del proyecto primero no tiene vuelta atrás. Es tan irreversible como una muerte. En otros casos, los fracasos se engarzan entre sí en una cadena que acaba con las posibilidades de vivir dignamente. Y así tantos otros ejemplos en tantas esferas de la vida. Lo escucho en los encuentros con mis amigas, muchas en la década de los cincuenta y sesenta años.

Cuando celebré mis veinticinco años de profesión religiosa ya contaba con algunos fracasos a mis espaldas, pero todavía tenía un sueño de renacimiento para la VR y seguía soñando y hablando y escribiendo sobre él para las mujeres religiosas y para mí. Y paulatinamente me convertí en testigo no solo de mi propio fracaso, sino del fracaso de muchos intentos de grupos de religiosas en sus respec-

tivas instituciones. Hoy tengo una visión general y clara del fracaso de este estilo de vida en su forma actual y, desde luego, en mi experiencia personal. Ese sueño se rompió en mil pedazos y no tiene reparación: es irreversible. Lo que venga después será bueno, sin duda, pero será otra cosa. Y habrá que soñarlo. Diría que todavía está por soñar, esperando el despliegue potente de la imaginación.

He colaborado en la ruptura de sueños dañinos, sobre todo de esos que se vendían y se siguen vendiendo a las mujeres: el amor romántico, el cuerpo perfecto (para el deseo de los varones y el lucro de las multinacionales), la *superwoman*, el mito de «la» mujer y lo femenino... Lo he hecho en la consulta, en mi trato ordinario con las mujeres, en asociaciones y escritos. Ha sido arduo perseverar en esta deconstrucción, pues el patriarcado capitalista tiene muchos mecanismos para reciclarse, tantos que no permiten bajar la guardia. He contribuido a romper sueños dañinos sobre la perfección en sus múltiples formas, desplazando el sueño hacia la hermosura de la imperfección, del carácter abierto del ser humano y de la historia. He necesitado descomponer y recomponer el hermoso sueño humano de la libertad que para mí es, además, parte esencial de mi espiritualidad mercedaria. He visto cómo la palabra *libertad* era borrada de los escritos nor-

mativos de mi institución y era sustituida por otras de significado distinto, y he perseverado en ella con tesón, incluso en los tiempos en que necesitaba reconstruir su sentido.

He soñado. Durante algunas etapas de la última década he llegado a creer que ya no tenía sueños, que había dejado de soñar. Luego me recuperaba y mis sueños volvían con fuerza, aunque cambiados. La VR y mi congregación han perdido espléndidas ocasiones históricas que, debido a muchos factores –la falta de visión, el miedo, la censura y la autocensura...–, no pueden volver. Hemos perdido tiempo, capital humano, posibilidades, crecimiento, cambio sistémico, evolución... Pero no se ha perdido el germen de los sueños. Por eso yo he soñado y sigo soñando contra toda lógica, contra la fuerza del realismo que se impone implacablemente, contra un futuro de color gris marengo, contra mi propio escepticismo. Es una locura, lo comprendo, pues los sueños forman parte de nuestra dimensión de locura al desafiar las reglas del proceso secundario (la razón). Para mí, además, forman parte del Misterio de la divina Rûaj, que permanece a la par dentro y fuera de la historia, como las partículas y las ondas de la teoría cuántica.

Los sueños que recuperan y reinterpretan el pasado iluminan mi presente. He formado

parte de este proceso. Hoy, por ejemplo, no contamos ya con una única y patriarcal historia de la VR femenina. Hay otras historias de nuestro pasado, con perspectivas diferentes, que nos han revelado la existencia de nuestras antepasadas, de esas mujeres en las que, muchas veces sin saberlo, siempre hemos estado apoyadas, en aquellas que nos han estado empujando suavemente hacia delante. Las gigantes sobre cuyos hombros hemos estado aupadas. Nuestra genealogía.

Gracias a estas reinterpretaciones, gracias a la visibilidad de mis (nuestras) referentes, he podido seguir soñando. Por ejemplo, si Mary Word se atrevió a desafiar un modelo de VR impuesto como único y abrió un camino que ha durado siglos, ¿por qué no puedo soñar que otras hagan o hagamos como ella? Si, pese al coste que supuso para Mary y para sus primeras compañeras, ese camino terminó abierto y disponible, ¿quién me puede impedir soñar que, pese al coste que está suponiendo para algunas de nosotras imaginar un modelo diferente, no acabará abierta otra senda o una red de carreteras en un futuro? Nadie me lo va a impedir. Nadie puede inmovilizar mi sueño ni impedirme desafiar todos los datos de la realidad. Retarlos, sin necesidad de ignorarlos ni negarlos, desafiarlos porque mi sueño puede trascenderlos. Es como

un imperativo interior. La realidad tiene un peso innegable, pero no es lo único que mueve a la humanidad. Tengo una amiga pragmática y realista, bastante escéptica y a menudo pesimista ante la realidad en la que vivimos, pero la sorprendo constantemente en discursos increíblemente imaginativos sobre las posibilidades de cambio de todo lo que está torcido, mal, desorientado, desaprovechado... Estoy convencida de que el desafío soñador e imaginativo a la realidad se debe en ella a las muchas décadas de trato con el inconsciente humano en su consulta psicológica. Me encanta escucharla. Es como pasar, en un suspiro, de un mundo real a otro mundo posible, sin abandonar el primero. Y sus únicos instrumentos son la imaginación y la palabra. Desde que se jubiló, se divierte reinventando cuentos infantiles y escribiendo relatos deliciosos. Y a pesar de que sabe que la escuchan poco, llama a la radio, ofrece alternativas y no solo ayuda a pensar, sino que estimula la capacidad soñadora de este pueblo nuestro, con frecuencia indolente y pasivo.

He soñado que las religiosas somos una alternativa en las vidas y proyectos de las mujeres, y en muchos momentos me han llamado ilusa e ingenua. Puede que lo haya sido, pero también conozco la fecundidad de lo que he imaginado. Me han llamado ingenua, pero

¿no es acaso ingenuo el sueño de Jesús en un modo de vida como el propuesto por él en los evangelios? ¿No son ingenuos algunos proyectos sociales y políticos que han podido llegar a concretarse en programas, aunque no hayan salido adelante hasta el momento?

En este sentido, reivindico una cierta y sana ingenuidad. Esa ingenuidad que me impulsa a soñar con que el estilo de vida que elegí es, teóricamente, una alternativa antropológica. Es decir, un modo diferente de vivir la relación con el poder, el sexo y el dinero; una forma distinta de compartir, de relacionarnos entre nosotras, de relacionarnos con el mundo. No es la primera vez que lo expreso, pues tengo este sueño desde hace mucho y lo seguiré teniendo incluso en el hipotético caso de que acabara fuera de dicha vida. Matizo que las religiosas somos alternativa teórica, porque me refiero a la segunda mitad del siglo pasado, pues de ella queda poco en este siglo. Hemos sido alternativa desde el siglo diecisiete hasta mediados del veinte, con nuestras luces y nuestras sombras. De nuevo, apelo a la historia. Para seguir siendo alternativa es preciso reinventarnos. Eso que intuitivamente llevamos décadas llamando *refundación*, que se ha convertido en una palabra desgastada y vacía por su abuso y su mal uso. Por ello, prefiero hablar de *reinención* o de *resurrección*,

palabras que incluyen la muerte. No se inventa lo que ya existe, ni resucita lo que no ha muerto.

He tenido sueños dormidos y sueños despiertos. Los sueños dormidos forman parte de mi mundo inconsciente individual y colectivo. Son aquellos que asoman indirectamente a la consciencia. Los sueños, por ejemplo, que hablan de incomodidad y de malestar. A lo largo de mi VR, que comenzó en 1968, un tiempo de emergencia crítica del inconsciente, puedo seguir esos sueños recurrentes de malestar, de desencaje, de incomodidad, de sufrimiento difícil de precisar, de «sí, pero no es esto», sin saber pasar de ahí ni encontrar las palabras para atravesar hacia la alternativa. Ese malestar del sueño inconsciente me ha ido colocando en la zona liminar, en los umbrales, donde además de la incomodidad se experimenta el riesgo y, a veces, el peligro. Los cambios del período posconciliar (después del Vaticano II), como decía, no llegaron a cuajar, no se les dejó asentarse, porque daban mucho miedo. Perdimos esa oportunidad, se cerró esa puerta, dejamos pasar ese momento de la historia e, insisto, eso es irreversible. Fueron intentos fallidos de los que nos quedó el malestar y cierto halo de sospecha. Para mí ha sido una frustración continuada, porque junto a la profunda desazón

y a esa disociación cognitiva entre el «este es tu sitio» y el «qué haces aquí», ha estado todo el tiempo ese resquicio por el que se cuelan los sueños de lo posible de la mano de lo inaudito, de intuiciones que apuntan a la resurrección. La incomodidad. Eso indefinible que me ha tenido colgada de los sueños en un lugar donde parece imposible soñar. Últimamente, en este contexto de vida observo una dinámica institucional peligrosa, que no sé si se trata de una estrategia consciente y planificada, o inconsciente o, al menos, semi-consciente. En ella coexisten, por un lado, el impulso a soñar e imaginar, con el fin de infundir esperanza y vitalidad a un cuerpo grupal agonizante, y, por otro, instrumentos paralizantes que frenan el impulso primero. Lo observo con mucha preocupación por su potencial patógeno. No sé aún lo que dará de sí, pero no puedo menos que preocuparme.

Mi forma de vida en contraste con mis sueños, mis contradicciones internas, mi incómoda situación me ha llevado con frecuencia a pensar en cambiar. He tenido oportunidades reales y estupendas de vivir en otro lugar, con otra forma de vida y con magníficos medios económicos, pero he rechazado todas (muy agradecida a quienes me las brindaron) con una convicción y una certeza que me devolvían a preguntas duras, como «¿necesito estar

aquí y de esta manera por algo?, ¿hay algún beneficio de esos que la psicología clínica llama *beneficio secundario* (en ciertas formas de la neurosis)?» Es un enigma no solo del pasado, sino también del presente. La mayoría de las veces he podido responderme honestamente, y no, no necesito estar aquí, como si no pudiera estar en otro sitio y de otra manera. Tampoco he encontrado ese beneficio secundario, aunque obviamente soy capaz de valorar y agradecer los beneficios que me otorga esta vida para la misión que quiero y debo desarrollar, es decir, para el estudio y la práctica de la teología. Soy capaz de calibrar las ventajas y los inconvenientes, porque estos también son muchos y a veces pesan demasiado.

Los sueños dormidos, inconscientes, también tienen que ver con mi herencia, con lo que he recibido de mis antepasadas, con los sueños apenas intuidos de muchas mujeres de la historia y de hoy. Los sueños dormidos se encuentran bajo la acción del mundo desconocido y rico del inconsciente, que reclama la ayuda del yo consciente cuando este está preparado para asumirlos. Y esto es parte de mi trabajo interior e incesante desde hace décadas. Me siento agradecida a mi inconsciente individual y a la herencia del inconsciente colectivo. Esos retazos de mis sueños de los que

se hace cargo mi yo consciente toman, a veces, la forma de los sueños despiertos.

Los sueños despiertos aparecen en algo que formulo, que comparto, que descubro en renglones de lectura, en fragmentos escuchados, en ráfagas percibidas e intuitas... En eso que va tomando forma hasta poder decirlo y escribirlo. Percibo esos sueños, como ráfagas de luz, leyendo una novela, viendo una serie, escuchando a una amiga. En una tertulia, al hilo de un café compartido, en el recuerdo de una canción escuchada, ante una persona en la consulta, en un momento de oración, acompañando a una hermana moribunda, en los renglones de un poema o en una imagen trágica de la actualidad. Los sueños despiertos convocan a la fantasía y la imaginación como ayuda y comadronas de la realidad. Y no siempre en los momentos felices. Cuando alguno de esos sueños consigue llegar a término y posarse en mi mente consciente, lo noto. Lo palpo en la dificultad para parirlo y en el gozo profundo al contemplar lo nacido. Se parece un poco al ejercicio de mi pintura, a esas épocas en las que sé que hay algo que quiero expresar, pero no se define, y pruebo y lo intento hasta que un día, sin saber cómo, queda plasmado. A menudo lo descubro a través de otras personas que se sorpren-

den y me cuentan lo que ven, y, mágicamente, me reconozco en esa mirada.

Sin duda he soñado y sigo soñando, porque lo humano está labrado por los sueños. Es propio de la humanidad soñar. Los sueños son humanos y humanizan. Y yo soy humana.